

— Pero, señor oficial...

— ¡No hay peros; camine, ladrón!

Y, sacando la espada, se lo llevó a cintarazos al cuartel.

— Nos hemos lucido—dijo Juan—. A éste lo desuellan vivo.

Y se dirigió algo inquieto a la casita de San Jerónimo.

Vió a lo lejos un grupo de gentes y soldados.

— Algo pasa—dijo Juan—; estamos de malas.

Efectivamente, pasaba algo muy serio.

Eva no había podido salir de su casa y envió una carta a Manuel.

La criada olvidó el número y comenzó a preguntar por Manuel en las casas contiguas.

A un policía le llamó la atención, le quitó la carta y leyó:

«Me es imposible ir, pero mañana estaré sin falta. Cúdense mucho, mucho.»

El policía se fingió sirviente y se enteró de casa en casa hasta dar con Manuel, que lo recibió muy satisfecho, puesto que le traía una carta, que no podía ser de otro más que de Eva.

— Muy bien—dijo Manuel, y le dió un duro.

Inmediatamente comprendió el policía que Manuel era oficial y que estaba allí oculto.

A poco la fuerza rodeó la casa y el policía intimó prisión a Manuel, que se manifestó sereno.

Juan se paró en la tienda de la esquina y vió pasar a Manuel en cuerpo de patrulla seguido de una multitud de curiosos.

El estudiante volvió maquinalmente la vista y tropezó con la mirada de Juan.

Desfiló Manuel por las calles principales donde lo conocieron algunos, que al pasar lo insultaban.

Llegó a Santiago Tlaltelolco, y de improviso se encontró en el fondo de un calabozo.

No había entonces procesos; encerraban a un hombre y no volvían a acordarse; lo dejaban allí, como se decía en la prisión, «hasta que se pudriera».

Catearon la casa, recogieron cuantos papeles había a la mano y se robaron cuanto encontraron.

Cerró Isabel la casa.

Juan, que la vió salir, fué en su seguimiento.

Allá, muy lejos, se reunieron y fueron a alojarse a una vecindad en el cuarto de una lavandera.

CAPITULO XIII

GOLPE A GOLPE

I

La revolución era interminable.

Cuando los reaccionarios celebraban una victoria, al día siguiente lamentaban una derrota, y dementes y perdidos, caminaban entre las sombras, comprendiendo que en el final estaba la catástrofe.

Había dos grandes centros de operaciones, Jalisco y la Frontera, teniendo la reacción su cuartel general en San Luis Potosí, para obrar sobre el ejército del Norte.

Simultáneamente se libraban dos encuentros en las dos zonas militares.

Entremos en el orden de la historia.

El Sur de Jalisco estaba invadido por la revolución.

El general Casanova, queriendo imitar los rápidos movimientos de Miramón, salió de Guadalajara con toda la fuerza, seis piezas de grueso calibre y un obús, para batir al ejército liberal al mando del general Santos Degollado.

Mucho influye el concepto de un jefe en el ánimo de las tropas, ya amigas, ya enemigas.

Con excepción de Miramón, ningún otro jefe reaccionario inspiraba temor; por el contrario, se tenía por segura la victoria.

Salió Degollado, que se encontraba en Sagula, en busca del enemigo, a quien encontró en el punto llamado «Cuevas de Tachaluta» o «Cuevitas».

Lanzóse con denuedo el ejército liberal sobre las tropas reaccionarias, que lo recibieron a metralla.

Allí no hubo estrategia, ni maniobras militares, sino un empuje desesperado sobre la línea a la bayoneta.

Hora y media duró la batalla; la artillería y los batallones cayeron en poder de los liberales, y el general Casanova se escapó a uña de caballo, llevando la noticia de su derrota a Guadalajara.

Casanova quería seguir corriendo, pero allí lo detuvieron, comprometiéndolo a defender la plaza, que iba a abandonar vergonzosamente.

Avanzaron los liberales.

El 25 de septiembre llegaron al pueblcillo de San Pedro, el Tacubaya de Guadalajara, y el 26 en la tarde tomaban posiciones y establecían el sitio.

II

Entre los oficiales del Estado Mayor del general Degollado, estaba Pablo, que había hecho una grande amistad con el

teniente coronel Antonio Rojas, el soldado más feroz del ejército de Jalisco.

—Ya están sitiados los «mochos»; aquí los cogemos como en ralonera.

—Ya nos la pagaron—dijo Pablo, a quien el dios o el demonio de la venganza, le prestaba su aliento.

—¡Qué bien lo ha hecho usted, amigo!—decía Rojas—Ha «carneado» usted de lo lindo.

—Hasta cansarme el brazo—decía Pablo.

—No sé cómo no lo rasgaron, porque se metió al hombre.

—Así se necesitaba.

—Así vengamos a todos.

—¡Mucha sangre!—gritaba Pablo—¡Hasta ahogarnos!

—Usted debe ser mi soldado—decía Rojas.

—Ya lo soy—respondió Pablo.

—Tiene usted razón.

—Me han matado a mi madre y a mis hermanos, y los he de vengar.

—Los vengaremos; pero este don Santitos se enoja cuando le quito las pulgas.

—Cuando lo sepa, ya sucedió; no tenga usted cuidado.

—Si entramos en la plaza, nos ponemos las botas.

—Y hasta las chaparreras—dijo Pablo.

—Está usted temblando, amiguito.

—Yo era bueno, le tenía horror a la sangre, jamás había pensado en estar en la revolución, pero vi asesinado a un amigo en Salamanca, y juré vengarlo; tal vez no lo hubiera hecho, pero como se trataba de buscar a un hombre, no me parecía mucho; pero después del incendio de mi casa y la muerte de mi madre, sentí que era hombre, que había dentro de mí algo terriblemente salvaje, y que sería invencible... Sí, yo me desconozco; mis sentimientos infantiles han desaparecido para darle paso a la barbarie... ¡Puesto al servicio de la causa santa de la libertad, seré en mi esfera el brazo que hiere, el rayo que mata!

—Muy bien—dijo Rojas, lamiéndose los bigotes—, pero no hay que aflojarse.

—Estaré siempre listo.

—Le daré un consejo. Olvide usted la vida, y todo está arreglado.

—He sentido un gran placer al oír el fuego de las primeras escaramuzas.

—Todavía no llega nuestra hora, que será la del ataque sobre todas las posiciones; los dejaremos que se estén tiroteando; ya verán el empuje.

—Por ahora los tenemos divididos a todos; ya no pueden con nosotros.

—Se le han ido encima a Vidaurri, y ahora se lo comen.

—¿Por qué?

—Porque no ha jalado parejo—dijo Rojas—; quiere ser más

que todos, y aquí clava el pico. Oiga, amigo: las derrotas se huelen, así como las victorias; yo le dije que tomamos la plaza y que a Vidaurri se lo almuerzan.

—Yo lo sentiría, porque así acabamos más tarde.

—Ya arrecia el fuego; vamos a ver lo que pasa.

Pablo y Rojas se dirigieron al cuartel general.

III

Mientras el sitio se estrechaba en Guadalajara, el 29 de ese mismo mes de septiembre, tenía lugar la importantísima batalla de Ahualulco.

El 28 llegó el ejército de la reacción frente a las posiciones liberales mandadas por el general Vidaurri.

Las baterías fronterizas rompieron el fuego.

Desplegaron en batalla los carabineros y batallones de Toluca, con cuatro obuses de montaña, formando el ala derecha, teniendo como reserva el batallón de Cazadores y Exploradores del Ejército, todo al mando del general Tomás Mejía.

Seguían en orden de batalla los cuerpos 2.º y 3.º de Ligeros, 4.º de línea, Activo de San Luis y Fijo de México, sosteniendo tres baterías de batalla a las órdenes del coronel Francisco Vélez y los generales Silverio Ramírez y José Moreno.

Cerraba la izquierda la división de caballería con el 3.º y 5.º de los cuerpos de guías y guerrilleros de Sierra Gorda a las órdenes del general Chacón.

A la retaguardia, entró la reserva, con los batallones de Morelia, Oaxaca y Querétaro y una batería de batalla a las órdenes del coronel español Marcelino Cobos.

Fuera de tiro y custodiando el parque, la sección de la Sierra, con tres obuses de montaña y los escuadrones de Chautla y Toluca.

A la una de la tarde, la sección emprendió el ataque sobre la izquierda del ejército liberal, situado en la posición más alta del campo, amagando la derecha para llamar la atención.

Después de un reñido combate, la posición fué tomada por los reaccionarios.

Eran las cuatro de la tarde; se suspendió la batalla.

IV

A las tres de la mañana el general Miramón reconoció la línea y dió órdenes para el ataque.

A las siete rompieron los fronterizos el fuego de artillería, el que fué contestado debidamente.

Entonces tomaron la ofensiva y se arrojaron sobre el ala izquierda del enemigo, que pudo contener el empuje amon-

tonando fuerzas a las órdenes de Cobos y otros enviados por Miramón.

A las once y treinta minutos el ataque se hizo general, reñido y sangriento.

Las columnas reaccionarias avanzaron sobre el enemigo, y con una gran superioridad de fuerzas, pues entraron en batalla hasta las reservas, consiguiendo después de una terrible lucha, ocupar la posición atacada, que fué defendida palmo a palmo por los fronterizos.

Los batallones de carabineros y los de Toluca, forzaron un mal paso, resistiendo una emboscada, y, encontrándose a retaguardia del enemigo, introdujeron la confusión, por lo inesperado del movimiento.

Entonces por un flanco, comenzó bajo el fuego, la retirada del ejército del Norte.

Organizada de nuevo, ya fuera de tiro, una columna de tres mil hombres volvió a la carga, arrojándose sobre la caballería reaccionaria, que se retiró en pleno desorden, llevándose herido al general Mejía, y dejando muerto en el campo al coronel Barroso.

Aquél era el momento supremo de la batalla.

Los fronterizos avanzaban, recobrando sus posiciones.

Entonces, Miramón dirigió a aquel núcleo todas las piezas de su artillería, mientras que la posición de la izquierda, que sostenía a pesar de las peripecias del centro y de la derecha, se retiraba haciendo fuego, ya casi envuelta por los batallones fijos de México y Oaxaca, que terminaron por hacerse dueños de la posición.

Continuaba el combate.

Las infanterías reaccionarias se arrojaron sobre los puntos recobrados, mientras el coronel Vélez, volvía sus punterías al enemigo, dirigiendo a veinte pasos los fuegos de metralla, con los mismos cañones que se le habían quitado.

Vélez cayó herido al pie de la batería.

El 2.º ligero dió la carga decisiva, después de perder a los jefes que lo conducían.

Entonces se declaró la derrota.

Había sobre el campo más de mil muertos, de ambos ejércitos, y más de cuatrocientos heridos.

Los restos del ejército vencido se retiraron rumbo a Zacatecas.

El mismo día 29, comunicó Vidaurri desde la Hacienda del Espíritu Santo, al gobernador de Coahuila, que había sido derrotado en las arenas de Ahualulco.

V

Mientras el partido conservador y los frailes celebraban con un inmenso regocijo el triunfo reaccionario, en Guadalajara tomaba la revancha el ejército liberal.

Estrechó Degollado el cerco, teniendo diarios combates y escaramuzas, pues los reaccionarios se defendían con valor.

Los liberales atacaban con intrepidez y a diario se avanzaban de posición en posición.

La plaza esperaba refuerzos, que no podían llegar, porque Miramón había quedado maltrecho en su victoria de Ahualulco.

Entretanto llegó el general Esteban Coronado con un refuerzo para los sitiadores.

Una brigada, que había sacado de Durango, ayudó poderosamente; porque el 27 penetraron en la plaza, y por medio de minas, volaron dos de los fortines que la circunvalaban, introduciendo un pánico terrible entre los sitiados.

Blancarte, que defendía la plaza, se replegó a San Francisco, que con varios templos contiguos, constituía una posición formidable.

Pero la moral se había perdido, y pidió desde luego una capitulación.

Ya dueños de la capital de Jalisco, el ejército liberal, unido con el pueblo, comenzó a buscar la revancha de tantas infamias.

Todos estaban furiosos por la muerte del general Silverio Núñez, el que abofeteó a Landa, el que se pronunció contra el señor Juárez, y fué ejecutado en Zacatecas por mandato de Zuazua.

El general Núñez había muerto en el primer ataque dado a Santo Domingo y que inició el sitio de Guadalajara.

Lanzóse la multitud en busca del general Casanova, de Monayo y de Piélagos, el infame asesino de Herrera y Cairo.

Casanova se había escondido siete estados debajo de tierra.

Monayo fué preso y a Piélagos se le encontró herido en el convento de Jesús María.

La turba popular ahorcó a Monayo en la Plaza de Armas y lo colgó de los balcones del Obispado, entre la rechifla, los gritos y las histéricas carcajadas del pueblo; y a Piélagos, que se columpiaba al son de los estremecimientos de la muerte.

Entre tanto, Pablo y Rojas, que se habían batido hora por hora durante el sitio y que habían puesto fuego a las minas que volaron los fortines, ebrios de sangre, descompuesto el rostro por la furia salvaje del triunfo y sedientos de venganzas, penetraron en la casa de un señor Antonio Alvarez del Castillo, seguidos de un pelotón de sus guerrilleros.

El general Blancarte se encontraba en aquella casa, fiado en la capitulación que acababa de firmar.

Rojas, con una grande audacia, seguido de Pablo, se entró hasta la pieza donde estaba Blancarte, y sin decir una palabra, le vació en el cuerpo las seis balas de su revólver, dejándolo muerto y revolcándose en un lago de sangre.

El general Degollado puso fuera de la ley a Rojas, que no

obstante su crimen, había suprimido uno de los más terribles enemigos del partido de la Constitución.

A poco tiempo se revocó el decreto, y Rojas volvió a las filas liberales con todos sus honores.

VI

No acababan de celebrar en México la batalla de Ahualulco, cuando llegó la noticia de los sucesos de Guadalajara, que llenaron de espanto a los conservadores y les quitaron las ilusiones de que la victoria de Miramón era definitiva.

Cuando se esperaban en México noticias de sumisiones, se supo el pronunciamiento del Fuerte por Plácido Vega, de acuerdo con Pesqueira, gobernador de Sonora, que se dirigía sobre Mazatlán, abandonado por Yáñez, a quien sustituyó Pedro Espejo.

En Ixtlán hubo otro pronunciamiento. Carlos Rivas, con una fuerza de Lozada, atacó al pueblo y fusiló impiamente a los prisioneros, y a otros les exigió rescate de dinero.

A cada momento oscilaba el platillo de la balanza revolucionaria.

Las fuerzas de Lozada, como siempre, cometieron iniquidades, dignas de salvajes.

VII

Volvamos a la capital.

«Juan Gallinazo» estaba furioso por la prisión de Manuel y más aún por la derrota de Vidaurri.

Los repiques lo habían puesto nervioso y sólo pensaba en tomar la revancha.

Había vuelto con Isabel a la casita de San Jerónimo.

Se había disfrazado de criado e iba todos los días a llevarle la comida a Manuel, sin poder hablar, porque el alcaide no se despegaba un solo momento y registraba hasta las tortas de pan.

Un día pudieron decirse algo y concertaron la fuga, que tuvo mucho de cómico y original.

Pasaba «Juan Gallinazo» por una de las calles de Santa Ana, cuando vio que iba delante de él un joven muy alto, muy flaco y muy descolorido.

—Adiós, «Hambre-viva»—dijo Juan al pasar junto al joven.

—Este es «Juan Gallinazo»—dijo el joven.

—No me abracés—le dijo Juan violentamente—, porque nos pescan.

—¿Qué haces por aquí?

—Nada; no puedo salir y estoy desesperado.

—Pues yo te voy a sacar y me voy contigo.

—Pero, ¿cómo?

—Les estoy vendiendo semillas a estos condenados; nos saldremos por la garita de San Lázaro, en las canoas.

—Sí, pero yo no dejo a Manuel.

—Pues ¿dónde está?

—En Santiago.

—¡Demonio! La cuestión es difícil.

—No tanto; ya tengo hecho mi plan.

—Dímelo.

—No, ya lo verás. Acompáñame al Baratillo.

—Vamos—dijo el joven.

Y se echaron a andar, rumbo a ese bazar de objetos viejos y robados.

Allí todo se encuentra; es el despojo de la ciudad en todas sus épocas. Bolas de billar rajadas y amarillentas, sombreros montados de generales, jaulas de loro maltratadas, cuchillos, espuelas, compases, retratos al óleo y en fotografía, sillas amarillentas y desvencijadas, collares de perros, almartingones, peinetas y mucha ropa de uso. Allí hay para todos los gustos y todas las fortunas.

—Pero, ¿qué diablos venimos a buscar aquí?—dijo «Hambre-viva».

—Ya verás.

Se acercaron a una tienda de ropa.

—¿Tiene usted un pantalón negro?

—Sí, señor; los hay muy buenos; apenas tendrán de uso cinco años; pero el difunto los dejó intactos; nada más los usaba que los jueves santos y cuando daba pésames; con ellos lo enterraron.

—¡Caracoles!

—Sí, señor; pero cuando lo sacaron, los pantalones estaban intactos.

—Y ¿de qué murió?

—De nada, de viruela negra; pero no se pega.

—¡Demonio!—exclamaron Juan y «Hambre-viva».

—Verá usted—dijo el mercader—: se los vendí a un barbero, los uso tres meses y nada le sucedió; pero como no me los pagó, se los quité, y aquí están; los limpié con petróleo, y no los conoce ni el mismo difunto muerto.

—Y ¿cuánto valen?

—Por ser para usted, que es persona decente, se los voy a poner en cinco reales.

—Daremos dos—dijo «Hambre-viva».

—Serán tres; y si se los quiere usted poner, pase usted, me dejará sus calzoneras.

—No, no; envuélvalos en ese pañuelo.

Y ¿no tiene usted un paltó?

—Aquí está uno que era del cojo Santa Ana; lo llevaba el año de treinta y dos a la campaña.

—¡Caracoles!

— Buen paño; vea usted que es una tela de araña y conserva su ley.

— Hombre, si ya es un cedazo.

— Pero, como recuerdo, vale mucho; crea usted que me lo han querido comprar muchos extranjeros; ahora lo vendo por necesidad en siete reales.

— Venga él—dijo Juan.

Ahora, un sombrero.

— Aquí está; se llama «hongo», muy fino; éste sí no lo doy menos de real y medio.

— Estamos ajustados—dijo Juan.

Y ¿no tiene usted una barba y una peluca?

— Me sobran, señorito; se las he comprado a un cómico del «Principal»; es todo el juego.

— Bien.

— Tres realillos y no hablemos más.

Juan pagó violentamente y se marchó con su envoltorio, que entregó a «Hambre-viva», por temor de la viruela negra.

VIII

El comerciante se quedó diciendo:

— ¿A quién irán a robar estos perdidos?

— Hombre—dijo Juan—, ¿no tienes un hombre de confianza?

— Precisamente allí está uno que arrea el ganado.

— Llámalo.

«Hambre-viva» le tocó las manos.

— Mira—dijo Juan—, te vas a ganar diez pesos.

El hombre abrió la boca.

— Toma medio. Pélate y rasúrate en el Baratillo.

El hombre corrió y a poco se reunió con los jóvenes.

Lo metieron en un zaguán, le pusieron la peluca y la barba; le hicieron calzarse los pantalones y ponerse el paltó.

— Ahora—le dijo Juan—, vas a Santiago Tlaltelolco, pides permiso para ver a tu hijo Manuel, le hablas y te vuelves; aquí te esperamos.

— ¿Nada más que eso?—dijo el arriero.

— Nada más; mira, le dices al oficial que si te hace favor de guardar esos diez pesos que le has podido reunir, y que le dé uno diario; cuidado con una tontera.

Marchóse el hombre y a poco se presentó en la prisión de Santiago.

— Señor oficial, permítame su merced ver a mi hijo Manuelito; le traigo estos diez pesos, que quiero que su merced me haga favor de entregárselos, dándole un peso diario para los cigarrillos.

El oficial vió diez cielos abiertos.

— Muy bien; verá usted a su hijo, pero no le diga nada del dinero, porque lo va a querer todo,

— Está muy bien, señor.

— Pues sígame.

El arriero siguió al oficial, que abrió el calabozo.

— Háblele nada más, y lárguese, porque ya está oscuro, y no se permiten visitas.

El oficial se quedó a la puerta.

Luego que entró, Manuel, con una gran ligereza, le despojó del vestido y se lo puso violentamente.

Se caló la peluca y la barba y se echó el sombrero a los ojos.

— Aguárdato aquí y dentro de un cuarto de hora te vas.

— Vamos—dijo el oficial, y echó a andar delante de Manuel.

Ahora, lárguese y no vuelva—añadió—, porque ya no hay permiso para ver a los presos.

Luego que Manuel se vió en la plazuela, apretó el paso, se internó por las calles de Santa Ana, y tropezó con sus amigos.

— ¡«Hambre-viva»!—gritó Manuel, abrazando a su amigo.

— Vámonos—dijo Juan—a la casa de la lavandera; porque cuando noten tu falta, te buscarán en San Jerónimo.

A toda prisa se deslizaron los amigos por la acera y se perdieron en las sombras de la noche.

IX

El alcaide echó llave al calabozo, y el arriero, sin saber por qué artes, se encontró solo y desamparado, sin que nadie le hiciera caso.

Todos los días se relevaba la guardia y entregaban al preso.

Pidió de comer y le llevaron de la «caridad».

— ¡Vaya un antojo!—decía el alcaide—Este señor que comía tan bien, ahora se le ha puesto en la cabeza el rancho de la tropa. ¡Vamos, que tienen ocurrencias!

Llegó el primero del mes y se practicó la «visita».

Unos generales con sus uniformes descoloridos, sus cruces reviejísimas y unos sombreros montados como los del Baratillo.

La mayor parte eran de esos militares antiguos, correlones y cobardes, que se arrancaban los bigotes en las derrotas y que pesaban desde hacía medio siglo sobre la nación.

Eran unos utensilios del Tribunal de la Guerra, para pasar «visita», donde siempre se los obsequiaba con pasteles de arroz de leche y copas de catalán: unos gorriones de primera fila.

Tomaron asiento bajo un dosel más viejo y más descolorido que ellos.

El principal era alto, flaco, bigote recortado de brocha, pintado, y pelo gris.

—Que saquen a los presos políticos—dijo con énfasis.

—Ninguno quiere venir—dijo el alcaide.

—Peor para ellos; que siga la incomunicación.

—Aquí está uno—dijo el alcaide. Y presentó a Atenógenes, el arriero.

—¡Qué disfrazado viene!—dijo el general, y sonrió a sus amigos.

—¿Es usted el coronel Manuel?

Atenógenes volvió la cara para buscar al coronel.

—Es vivo, es vivo—dijo el general—. ¿Se han practicado diligencias en el proceso?

—No, señor militar; no me han llamado a la «práctica» de «diligencias».

—Este es «blusa roja»; es fronterizo; se le conoce a veinte leguas. ¿Y qué se le ofrece a usted?

—«Pos» que me pongan en libertad; tengo que ir por el ganado.

—Ese ganado son los guerrilleros; éste es un pájaro de cuenta; yo creo que es Vidaurri.

—No, mi general—dijo el fiscal—; éste es muy joven.

—Pues entonces es Comonfort.

—No, mi general; ese señor era grueso y picado de vi-ruelas.

—Pues éste es alguno, y yo no me equivoco; que lo registren.

El alcaide, muy solícito, esculcó al ganadero y le encontró un tranchete.

—¡Por Napoleón!—exclamó el general—Trae tranchete; debe ser ministro de Juárez.

—No, señor militar; yo me llamo Atenógenes Bobadilla, vaquero.

¡Y qué bien que disimula! Señor alcaide, mucho cuidado; este hombre es de mucho riesgo; luego se advierte que es una gran cabeza política; pero si yo no fuera tan listo, me la pegaba.

—Señor, aquí me trajo un señor que se llama «Hambre-viva».

—Llévelo usted, llévelo, y que no se comunique, porque de este hombre depende la paz de la República y el triunfo de nuestra sagrada religión.

Pasaron los señores generales al refresco de aguardiente; comieron como generales en cuartel y bebieron catalán hasta atarantarse.

Se levantó el acta, diciendo que la prisión era un modelo de orden y seguridad y que el jefe del castillo merecía un premio del magnánimo Gobierno reaccionario; porque los presos políticos estaban tan sujetos, que ni se les permitía respirar.

X

«Hambre-viva» era un oficial de guardia nacional, extremadamente sinvergüenza, cobarde, comodín, perezoso, y con una gracia, que todo, todo se le perdonaba.

Los tres amigos se pusieron a la mesa en la casa de la lavandera.

—Has escapado de milagro—decía Juan.

—Tuve un momento terrible, cuando pasé frente a la guardia; porque la barba se me había desprendido, y estaba a punto de ser conocido.

—Los diez pesos fueron tu salvación; despertaron la codicia del oficial.

—Yo, por cinco pesos—dijo «Hambre-viva»—, hubiera soldado toda la prisión; ya saben ustedes que soy hombre de principios fijos.

—Y de colmillos ídem—dijo «Juan Gallinazo».

—Ahora hablemos en serio.

—¿Tienes algo nuevo?—preguntó Manuel.

—Sí, y muy grave.

—Habla.

—Me he puesto en contacto con la junta revolucionaria presidida por el señor Miguel Lerdo, y tengo que llevar unos pliegos al general Miguel Blanco, que, separado del general Vidaurri, ha emprendido la más tremenda de las empresas.

—Ese fronterizo, con su calma y su hablar bajo y pausado, es capaz de todo.

Saca una hoja de maíz, su tabaco, hace un cigarrillo, da una fumada y manda una operación y la realiza con la mayor precisión del mundo.

—Como que a mí—dijo «Hambre-viva»—me dijo un día, con mucha dulzura:

—«Compañerillo», va usted a tomar esa trinchera.

Por supuesto, que fui cuando ya la había desalojado el enemigo; figúrense ustedes a mí tomando una trinchera; si fuera una taza de café con copa, lo comprendería.

—¿Y bien, Juan?—preguntó Manuel.

—No puedes ni aun suponerlo... Piensa atacar la capital, sorprenderla y ahorcar a Zuloaga y a su ministerio en los balcones del Palacio.

—¿Pero eso es verdad?

—Tan verdad, que ya salió de Morelia y mañana estará en las goteras de Toluca.

—Pero esto es inconcebible.

—Pero muy cierto.

—¿Entonces?

—Tengo, o más bien, tenemos que entregarle estos pliegos. Desconfía de que en México se le ayude.

—Cuando lo vean en Tacubaya, ya será otra cosa; el mismo señor Lerdo saldrá a su encuentro.

— Oye, «Hambre-viva», necesitamos salir mañana, a todo riesgo.

— Denme los pliegos; a mí no me registrarán; soy amigo de los de la garita, vamos como con un baúl.

— Arreglado. Ahora vete a San Jerónimo, y dile a Isabel que venga.

— En el acto.

Se levantó «Hambre-viva» y fué en busca de Isabel.

Llegó a poco la muchacha.

— ¡Isabel! — gritó Manuel — ¡Ya estoy libre!

— ¡Si este demonio tiene siete vidas, como los gatos! — dijo Juan.

— No; es que mi hermano Juan vale por cien.

— Bendito sea Dios — dijo Isabel —. Voy a enviarle a avisar a Eva, que está con mucho cuidado.

Escribió unas líneas y le encargó a la lavandera que fuese inmediatamente a la casa de la señora viuda de Rentería.

XI

Morelia era el cuartel general de la revolución.

El general Huerta, el bravo general michoacano, el patriota sin tacha, era el alma de la revolución.

En Morelia se refugiaban todas las fuerzas derrotadas, todos los hombres perseguidos, y allí encontraban unión, amistad, abrigo.

De Morelia partían todas las expediciones; allí se fraguaba todo.

Allí se pensaban los golpes más audaces.

La reacción tenía miedo de ocupar Morelia, porque sabía que allí estaba un abismo insondable y nadie se explicaba el que no se mandara una fuerza permanente.

El general Blanco se había separado de Vidaurri con una fuerza fronteriza, y se dirigió a Morelia, llamado por el general Epitacio Huerta.

Recibió al ilustre fronterizo con alta estimación, y acrecentó su fuerza con mil hombres de infantería, trescientos caballos y grandes recursos.

Se llamó al general Pueblita, que estaba en Zitácuaro, y al general Esteban León, que estaba en Tomascaltepec.

Avanzó el general Blanco y llegó a orillas de Toluca, donde supo que habían sentido sus movimientos los reaccionarios y reforzado la ciudad.

Blanco comprendió que la capital estaba más débil, y, esquivando la toma de esa ciudad, se dirigió violentamente sobre México; sin que nadie sospechase este rasgo de audacia y de atrevimiento, llegó a Tacubaya.

Lerdo salió por otro camino en busca de Blanco, porque no creyó en aquella marcha rápida e inconcebible.

Presentáronse el general José Justo Alvarez y el coronel Enrique Mexía, y concertaron el ataque.

A la mañana siguiente se efectuó el movimiento por el Sur y por el Poniente de la capital.

Otra fuerza ocupó Chapultepec e inició el ataque por San Cosme.

En la vanguardia iba el cuerpo de rifleros mandado por el coronel Escobedo.

La retaguardia la mandaba el general Régules.

Si la junta revolucionaria hubiera cumplido sus ofertas y prestado el más pequeño auxilio al señor Blanco, la ciudad caía por sorpresa.

El peligro unió a los reaccionarios, que resistieron como mejor pudieron el ataque. Una casa de la calzada se defendió débilmente por los alumnos del Colegio Militar.

Con marcada repugnancia se ordenó la toma, que se efectuó no sin haber muerto algunos jóvenes; los demás cayeron prisioneros y fueron puestos en libertad.

Salió al encuentro de Escobedo una fuerza que fué arrollada, perdiendo la artillería; allí fué herido el teniente coronel de ingenieros Juan B. Espejo, y muerto el coronel Aguilar.

Régules se puso en la calzada de la Verónica, extendiéndose hasta San Cosme para enlazar la línea de Chapultepec, y allí se empeñó el fuego de artillería. La columna de Valle tomó el camino de la Piedad y la calzada de la Viga, y penetró por el barrio de San Pablo; allí salió una fuerza que fué batida; pero el general quedó herido, y se recibió del mando el general Alvarez.

Ocuparon las fuerzas la torre de San Pablo; destacó su fuerza, que replegó al enemigo hasta la plaza, y tomó el templo de la Merced.

Ya perdida la operación, que era un «golpe de mano», continuar en un ataque estéril sobre todos y cada uno de los puntos de la ciudad, no era prudente, y comenzó una retirada pacífica; porque los reaccionarios estaban desmoralizados.

Un general Piña, incapaz para la guerra y de ningún espíritu militar, reunió las fuerzas reaccionarias e intentó perseguir a Blanco, que lo esperó en batalla en las lomas de los Remedios.

Piña, como era de esperarse, esquivó el combate y se puso a una respetable distancia, siguiendo a la división hasta Huichilaque, regresando a México, dando un parte de que había dirigido unas granadas con mucho éxito sobre el enemigo.

Desde entonces, los mismos suyos, le llamaban el héroe de Huichilaque.

Ni Miramón, que se tenía por audaz, comprendía aquel golpe que había puesto de improviso la suerte de la revolución en manos de un hombre tan atrevido.